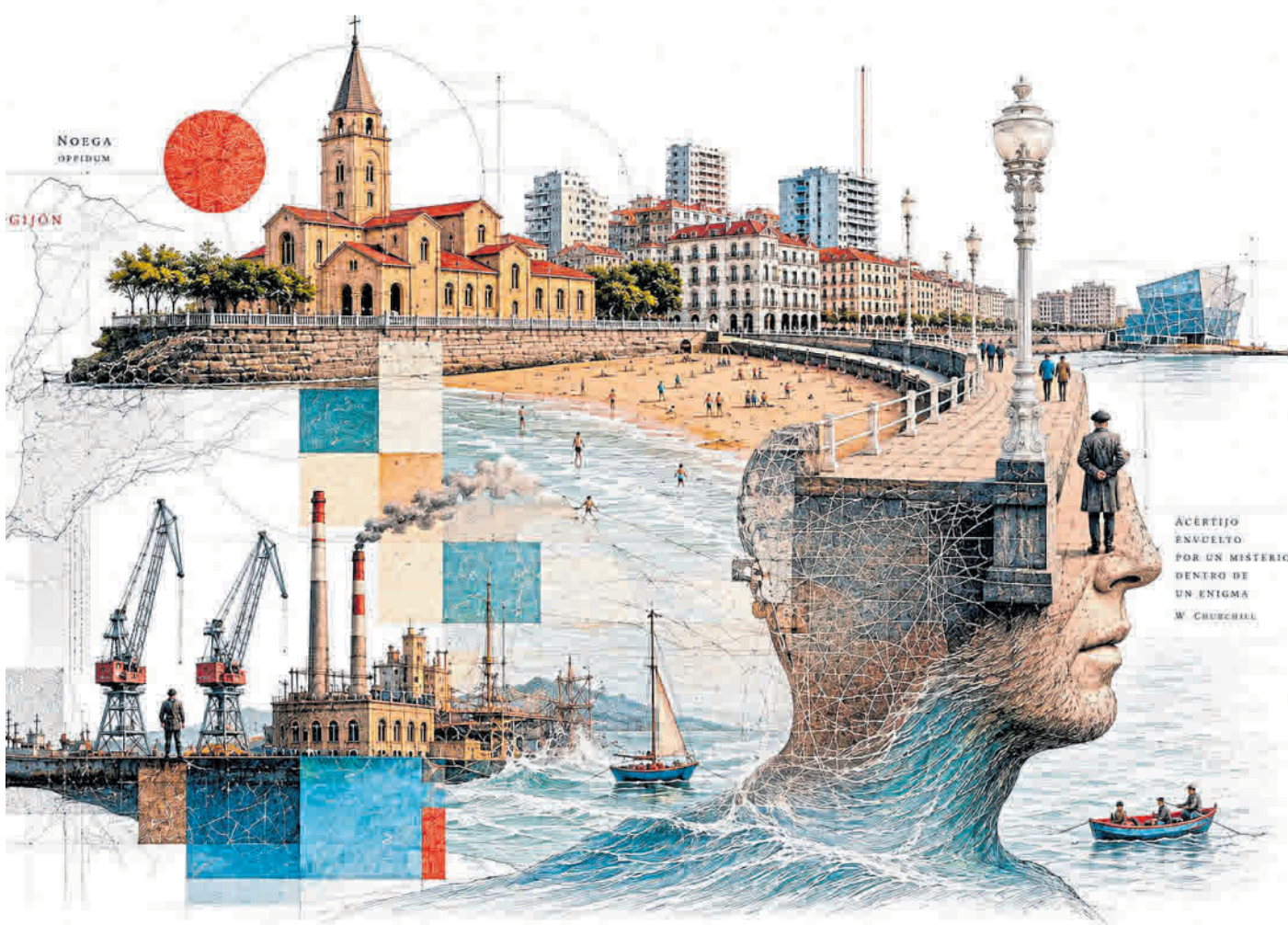




Le encaja bastante bien a Gijón aquella frase de Churchill sobre Rusia: «Un acertijo envuelto por un misterio dentro de un enigma». Ésa es la indescifrable realidad de esta urbe recóndita: tan imposible de entender como la Trinidad y, por eso, tarea tan inútil como la de aquel niño de San Agustín que quería vaciar el océano vertiendo agua en un hoyo de arena. Defendió Polibio la anaciclosis de los regímenes políticos (el cambio/sucesión cíclica de monarquía, tiranía, oligarquía, democracia y oclocracia). Tiene Gijón su propia anaciclosis: ha sido fortín/atalaya defensiva, fondeadero marítimo, paraíso de pescadores, castro agrícola, gran centro comercial (hecho temprano que se olvida con frecuencia), urbe industrial y ahora ciudad-espectáculo. De todo ello tenemos huellas: armas antiguas, viejas costumbres marineras, saberes marítimos, carbón/minas, fábricas y astilleros, boinas aldeanas, humos o chimeneas, y los actuales aires hipermodernos de esta nueva Malibú llena de lugareños disfrazados de aficionados al béisbol recorriendo peripatéticamente el Muro dando la «parpayuela», es decir, la lengua, órgano imprescindible en esta ciudad-cotilleo.

Oscuridad parecida rodea al nombre originario de la ciudad. Cuestión que ha dado lugar a innumerables conjeturas, algunas especialmente fantasiosas: como que Noé vino, en su vejez, a España y que uno de sus tataradescendientes fundó la hermosa y rica ciudad de Gixán/Gixa, o sea Gijón. Estrabón, Pomponio Mela, Plinio el Viejo o Ptolomeo dejaron indicaciones sobre este rincón del mundo que trasmutó de «asentamiento fortificado» en «polis», y sobre sus rudos moradores (conjeturalmente «lugones» más que «paésicos»). Por esos derroteros se llegó a Gigia, «Noega oppidum» o las «arae sextianae/sestianas». Hasta Unamuno parece que puso su granito de arena con una

Gijón en sus metamorfosis

LUIS MEANA

etimología aventurada: del latín «saxus» (peñasco, roca) le salió jejo, jijo, jijedo. O sea, Gijón. La ciudad, en su modestia, ha sido propicia a las fantasías literarias: la llamaron «villa de las dos colinas», en ridícula analogía con las siete de Roma; también «Fabricia»; y Pérez de Ayala la denominó «Regium» como Clarín llamó Vetusta a Oviedo. Esta ciudad, tirando a ágrafa, ha sido tema de bastantes poemas (más bien malos), ha recibido alabanzas desbocadas (hasta Atenas del Norte de España llegaron a llamarla, [???]), pero también descalificaciones rotundas (sucía, oscura, Cardiff de España).

Toda esa melé nos lleva a la gran pregunta/misterio: ¿cómo es posible que de esta «peña tajada» tan poco proclive a disquisiciones metafísicas haya salido el (posible-

mente) más magno ilustrado de la nación, Jovellanos? De quien el gran Clarín (pseudónimo que parece abreviatura de clarividencia) dijo que no «sólo [era] el primer asturiano, sino, en cierto sentido, el único». Con razón. Más enigmática es todavía otra repetición paradójica: emerge Gijón recurrentemente en momentos críticos de la historia de España/Hispania. Ocurre con Pelayo en el colapso visigodo, con Jovellanos en el paso «revolucionario» del «Ancien Régime» a la Modernidad, y con Torcuato Fernández-Miranda en la crisis/transición de la dictadura a la democracia. Parece como si esta ciudad-puerto fuese una especie de salida de emergencia del edificio hispánico. Sorprendente.

Por adentrarnos un poco en el misterio, Gijón es como el galgo que corre engañado

y nunca alcanza a la liebre, como la crisálida que jamás llega a mariposa. Por decirlo con una ácida frase de Ladis, «todos los bajitos quieren ser cabos de gastadores». Esta es una ciudad/urbe cuya luz, semiagotada, siempre «parpadea»: se enciende y apaga intermitentemente. De repente es históricamente mucho (hasta la llamaron reino y le atribuyeron rey) y tiempo después acaba arrasada. Destacó inexplicablemente hace milenios, desapareció durante siglos, para renacer posteriormente de sus cenizas, decadencias o silencios. Muda de piel como las serpientes. Es Gijón terreno duro en el que no prende la racionalidad. La sentimentalidad/emocionalidad es su mayor pasión: eso la hace cercana, cariñosa, acogedora y simpática. Se alimenta de contradicciones: fue moderna cuando casi ninguna lo era, y se volvió antigua cuando todas se hicieron modernas. Es creyente y escéptica (por eso, irónica): lo critica exageradamente todo, pero después se comporta acriticamente crédula. No es geométrica ni simétrica (como demuestra su urbanismo, repelús contra la simetría). Como Frankenstein, está hecha con piezas/partes dispares; se ha construido, material e intelectualmente, sin orden ni concierto: mediante un corta-pega de componentes/realidades contrapuestas. Amante de la exageración y desmesura se siente compulsivamente atraída por el desorden. Desdeña la coherencia y desprecia aquella re-invenición de Hegel: tesis, antítesis y síntesis. De ese espíritu anárquico le brota su irrefrenable impulso a la independencia. Su naturaleza es ir a contracorriente: es irreverente, levantisca y rebelde, con causa o sin ella. Por eso se vuelve vivero de sucesos/personajes pintorescos: esos «frikis» a los que aquí siempre se les ha llamado «célebres», sujetos que rompen cualquier molde (Turraína, Garciona, Vitorón, El Manquín, etc.), según narra canónicamente la «Guía Indiscreta de Gijón» de Poblet.

El dilema actual es el de siempre: qué va a ser de esta «peña tajada» cercada por el Cantábrico. Seguirá, seguramente, su determinación genética e inventará nuevas metamorfosis. Se lanzará, una vez más, a su anaciclosis: a convertirse en lo que nunca ha sido y a renegar de lo que fue. En palabras de Schumpeter, «destrucción creadora». La clave estará donde ha estado siempre: en la mar, novia eterna. La barquichuela seguirá con su navegación histórica. Se adaptará a lo que venga, como ha hecho durante milenios. No sabemos cómo, pero tampoco ella ha sabido nunca anticipadamente el cómo. Su ser es improvisación continua. Con fuertes dosis de inconsistencia, banalidad e indolencia. Dispone de algunas «reservas» poco aprovechadas: el racionalismo semibandonado, el espíritu emprendedor dañado, la laboriosidad reblandecida y los méritos logrados en otras épocas. De sus élites no creo se pueda esperar mucho. Por flojas. Hace ya muchos años, y a propósito de la agria disputa entre Muelle/Musel, Ortega formuló, a su cursi manera, una clave relevante: acontece, dice, en el universo que las cosas inútiles son las óptimas. Ciertamente. Esa es la tragedia de la modernidad: la lucha a muerte entre lo útil y lo bueno. Y ese es precisamente el drama de esta roca milenaria: que, por soñarse óptima, da en inútil, o sea, en escasamente competente e insuficientemente próspera. ■